

Tercer Domingo de Adviento

1 Corintios 4:1-5

“Por tanto, que los hombres nos consideren como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel. En cuanto a mí, en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros o por tribunal humano. ¡Ni aun yo mismo me juzgo! Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones. Entonces, cada uno recibirá su alabanza de Dios.”

ADMINISTRADORES DE LOS MISTERIOS DE DIOS.

1. Esta lección de la Epístola nos da un ejemplo del Evangelio del Primer Domingo de Adviento (Mateo 21:1-9), en donde escuchamos que los discípulos mismos no cabalgaban en el asno, sino lo llevaron a Cristo y lo sentaron en él. Esto es lo que el apóstol hace aquí. Los corintios comenzaban a dividirse y adherirse a los apóstoles. Un partido se jactaba de San Pedro, otro de San Pablo, y otro de Santo Apolos. Cada uno exaltaba al apóstol que lo bautizó o le enseñó, o el que consideraba más eminente. Ahora viene Pablo y los detiene, no permitiendo que nadie se jacte de ningún apóstol, sino solo de Cristo. Les dice que no importa por quién fueron bautizados o enseñados, pero era de suma importancia que todos juntos se adhirieran a Cristo y fueran sujetos solo a él. Pablo enseña en una forma hermosa cómo se deben considerar a los apóstoles. Todo el pasaje es un tiro fuerte contra el papado y el gobierno clerical, como veremos.

“Que los hombres nos consideren como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”

2. Esto se dice de todos los apóstoles y todos los herederos de los apóstoles, sea San Pedro o San Pablo. Así, aquí debemos notar cómo debemos considerar a los apóstoles y obispos; para que no les demos demasiada ni demasiado poca importancia. No sin razón Pablo, de hecho el Espíritu Santo, estableció este criterio; y sin duda estamos bajo la obligación de seguirlo. El mismo criterio se establece aquí para los obispos en cuanto al carácter de su oficio y el alcance de su poder. Así cuando vemos a un obispo asumiendo más de lo que este texto le permite, debemos con seguridad considerarlo como un lobo y un apóstol del diablo, y evitarlo. Sin duda debe ser un anticristo quien en el gobierno eclesiástico excede la autoridad que aquí se le prescribe.

3. Primero, dice que no debemos recibirlos ni considerarlos otra cosa sino “servidores de Cristo”; ni deben ellos querer ser considerados de otra manera. Pero el término “servidor de Cristo” no debe entenderse aquí como el servicio de adoración, que la gente ahora llama servicio de Cristo, como orar, ayunar, asistir a los oficios de la iglesia, y todas las cosas que las leyes espirituales, las instituciones y los conventos y todo el estado clerical llaman “servicio divino”. Estas son solo obras y palabras

inventadas, por las cuales la enseñanza de Pablo aquí y en otros lugares es oscurecida, hasta el punto que ya nadie sabe lo que Pablo quiere decir con servicio de Cristo. Él se refiere al servicio que es un oficio. Todos los cristianos sirven a Dios, pero no todos están en el oficio. En Romanos 11:13, también, llama su oficio un ministerio: “Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio”. Y en la Epístola antes de esta (Rom 15:8) dice: “Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión”. Otra vez (2 Cor 3:6): “El cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu”.

4. ¿En dónde podría obtener una voz tan fuerte como para sacar el error del corazón de todos los cristianos, el error que se ha penetrado tan profundamente por medio del papado, que interpretan el servicio de Cristo y el servicio de Dios como no ser otra cosa sino sus propias obras, que hacen sin medios, contra Cristo? Escucha, querido hombre, en San Pablo “servir a Cristo” y “servir a Dios” significa principalmente cumplir un oficio que Cristo le ha encomendado, a saber, la predicación. Es un servicio que procede de Cristo, no se dirige a él, y que no sale de nosotros, sino viene a nosotros. Debes notar esto con cuidado, y es muy importante, porque de otro modo no puedes saber nada de lo que Pablo quiere decir con las palabras *ministerium*, *ministratio*, *ministrare*, etc. [ministerio, servicio, servir]. Siempre lo llama “servir”, “servicio”, “siervo”, etc. Pero raramente menciona el servicio que va más allá de ellos a Dios, sino más comúnmente lo que sale debajo de nosotros a la gente, porque aun Cristo en el Evangelio manda a los apóstoles ser los más bajos y los siervos de los demás. Lucas 22:26.

Para hacer que se entienda claramente que está hablando de este servicio, Pablo cuidadosamente agrega como explicación “administradores”, que no se puede entender en ninguna otra forma sino como refiriéndose al oficio del predicador.

5. Pero lo llama el servicio de Cristo y llama a sí mismo el siervo de Cristo porque recibió este ministerio de él y él le mandó predicar. Así todos los apóstoles y obispos son ministros de Cristo; es decir, predicadores, mensajeros y oficiales de Cristo, enviados a la gente con su mensaje, de modo que el significado de este pasaje es:

“Que cada individuo tenga cuidado a no instituir otra cabeza, ni exaltar a otro señor ni hacer otro Cristo, sino quedarse con el único Cristo. No somos sus señores ni sus amos ni sus cabezas. No predicamos de nosotros mismos, ni les enseñamos nuestras propias palabras ni los guiamos a obedecernos, de modo que tengan que sujetarse a nosotros y aferrarse a nuestra enseñanza. De ninguna manera. Más bien somos mensajeros y siervos de aquel que es su Amo, su Cabeza y Señor. Predicamos su palabra, obedecemos sus mandatos, y solo los conducimos a obedecerle a él. Así deben considerarnos, y no esperar otra cosa de nosotros, de modo que, aunque somos otras personas que Cristo, sin embargo, por medio de nosotros no reciben ninguna doctrina aparte de la suya; ninguna otra palabra, ningún otro gobierno, ninguna autoridad sino la de él. El que así nos recibe y nos considera de esta forma actúa correctamente; recibe, no a nosotros, sino a Cristo, el único a quien predicamos. Pero el que no nos considera

así, nos comete una injusticia, abandona a Cristo, la Cabeza de todos, quiere exaltar su propia cabeza y hacer ídolos de nosotros”.

6. En Jueces 8:22-23 leemos que los hijos de Israel dijeron a Gedeón: “Sé tú nuestro señor, y también tu hijo y tu nieto”, a lo cual Gedeón contestó: “No seré señor sobre vosotros, ni lo será mi hijo. Jehová será vuestro Señor”. Y en 1 Samuel 8:7 se nos dice que cuando los hijos de Israel deseaban que Samuel nombrara un rey, Dios dijo: “No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos”. Aquí vemos que Dios no puede permitir ninguna autoridad sino solo la de él entre su pueblo.

7. Pero tal vez preguntes cómo pecaron en esto, puesto que Dios había dado a Gedeón a ellos como el capitán en la batalla, y después muchos reyes santos fueron puestos sobre ellos por Dios. Contesto que no fue un pecado ni fue en contra de Dios que tuvieran reyes o príncipes, porque tiene que haber autoridad en la tierra. Más bien el pecado consistió en que, no contentos con el gobierno de Dios, escogían más bien el gobierno humano. Gedeón y los reyes santos no extendían su autoridad ni una pizca más allá de lo que permitía el orden y el mandato de Dios, y no se consideraban en ninguna otra manera sino como siervos de Dios; es decir, gobernaban al pueblo según las palabras de Dios y no según las suyas propias. Así el gobierno se quedaba únicamente de Dios, y fueron siervos en él; así como los apóstoles lo fueron en la palabra de Cristo.

Por eso David canta de su propio gobierno como idéntico que el de Dios. Dice: “¡Levántate, Jehová, en tu ira! ¡Álzate en contra de la furia de mis angustiadores y despierta en favor mío el juicio que mandaste! Te rodeará una congregación de pueblos y sobre ella vuélvete a sentar en alto. Jehová juzgará a los pueblos” (Salmo 7:6–8).

8. En donde hay más que el mandato de Dios, y las autoridades presumen gobernar con doctrinas humanas (o los súbditos busquen que lo hagan), allí resultan idolatría y una nueva cabeza. Entonces las autoridades ya no son siervos, sino gobiernan por sí solos sin el mandato y el orden de Dios. Entonces Dios dice de ellos como dijo a Samuel: “No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos”. Eso digo del gobierno de las almas, que debe permanecer ante Dios, porque el gobierno terrenal no se aplica al alma y no pertenece a este asunto.

9. En dondequiera que se establezca más de una Cabeza, Dios o Cristo, también debe haber otras doctrinas y palabras que las de Cristo. Entonces el servicio de Cristo inmediatamente debe acabarse; Cristo tiene que ser rechazado, y se establece un nuevo dominio. Todos pueden entender fácilmente que estas dos cosas no pueden coexistir; ser un siervo de Cristo y al mismo tiempo enseñar su propio mensaje. ¿Cómo puede ser siervo de Cristo y no enseñar las palabras de Cristo? ¿O cómo puede enseñar sus propias palabras cuando debe enseñar las de Cristo? Si enseña sus propias palabras, entonces es su propio señor especial y no sirve a Cristo. Si enseña las palabras de Cristo, no es su propio señor especial.

10. De esto puedes juzgar por ti mismo de dónde surge el papismo y su ley canónica, con todas las doctrinas del clero, los monjes y las universidades. Si estos pueden probar

que no enseñan nada sino el mensaje de Cristo, debemos considerarlos como servidores de él. Pero si podemos probar que no enseñan las palabras de Cristo, no debemos considerarlos siervos de él. Ahora, ciertamente está claro que su enseñanza no se ocupa de las palabras de Cristo, sino de sus propias palabras. Por tanto, es evidente que son el reino del Anticristo y son servidores del diablo. Porque aquí Pablo concluye firmemente: “que los hombres nos consideren como servidores de Cristo”.

11. No ayuda cuando dicen que al lado de las enseñanzas de Cristo, se puede enseñar los mandamientos de la iglesia; afirman que lo que enseñan es la doctrina de la iglesia. Pero Pablo sigue enseñando que la iglesia no escucha ni a Pedro ni a Pablo, sino solo a Cristo, y no debe reconocerlos excepto como siervos de Cristo. Así puedes ver qué gran blasfemia es cuando el Papa proclama que la obediencia a sus doctrinas es el camino a la salvación, y la desobediencia es el camino a la condenación. Pero Pablo aquí llama esto obediencia al diablo; como también lo hace en 1 Timoteo 4:1-3: “Pero el Espíritu dice claramente que, en los últimos tiempos, algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, de hipócritas y mentirosos, cuya conciencia está cauterizada. Estos prohibirán casarse y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participaran de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad.” Cristo dice: “Mis ovejas oyen mi voz, pero al extraño no seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. ...Conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Juan 10:27,5,14).

12. Ves la armonía que hay entre la enseñanza de Pablo y esta afirmación de Cristo de que cualquier otra voz que no sea de Cristo es una voz extraña, la doctrina del diablo, de la cual se debe huir. Aquí escuchas el veredicto de Cristo mismo sobre las doctrinas que su iglesia debe escuchar y enseñar, si son o no son los mandamientos de la iglesia. La iglesia no tiene otra doctrina sino la de Cristo, y ninguna otra obediencia sino obedecer a él. Luego, todo lo que los papistas dicen acerca de la obediencia a los mandatos de la iglesia es de la misma clase de lo que Pablo dice: son enseñanzas mentirosas hipócritas, que tienen su origen en espíritus engañosos y doctrinas de demonios (1 Tim 4:1-2).

13. Las siguientes palabras significan lo mismo, donde habla de “administradores de los misterios de Dios”. La palabra “administrador” aquí significa uno que está a cargo de los siervos de su señor; tales como los mayordomos en los monasterios o los rectores en los conventos, o gobernadores, gerentes y supervisores por el estilo. Porque “*oekonomus*”, un “experto en asuntos de la casa” es griego y significa en español un administrador que sabe cuidar una casa y puede gobernar a los sirvientes domésticos. Cristo en Mateo 24:45 llama a tal persona simplemente un siervo: “¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?” Eliezar, el siervo de Abraham, fue un siervo así, Génesis 15.

14. Ahora, Dios también tiene una casa, que somos nosotros, la iglesia cristiana, en la cual los pastores y obispos son expertos y mayordomos de la casa, que pueden cuidar la casa, proveer alimento, y gobernar los sirvientes domésticos. Pero sus posesiones no son corporales. Por eso San Pablo separa los mayordomos de Dios de todos los otros

mayordomos corporales. Estos dan pan visible y gobiernan los cuerpos; pero los primeros dan comida invisible y gobiernan las almas. Por eso Pablo los llama *mysteria* misterios. Todo eso ha pasado de moda, de modo que ya no sabemos qué es un mayordomo ni qué son *mysteria*. Piensan que cuando bautizan, celebran misa, y administran otros sacramentos están tratando con los *mysteria*, y que ahora ningún *mysterium* es mejor que la misa, aunque no saben por qué se llama *mysterium misae* “misterio de la misa”.

15. No puedo encontrar ahora una palabra alemana equivalente a “*mysterion*”, y será bueno retener esta palabra griega, como lo hemos hecho con muchas otras palabras. Es equivalente a *secretum* o *arcanum*, “secreto”, algo escondido de nuestros ojos, invisible a todos, y generalmente se aplica a palabras. Por ejemplo, cuando alguien dice algo que una persona no entiende, dice: “esto está escondido, hay un significado tras él, hay un *mysterion*, algo escondido allí”. *Mysterium* realmente es lo escondido; yo lo llamo un secreto.

16. ¿Qué, entonces, son los misterios de Dios? Sencillamente, Cristo mismo; es decir, la fe y el evangelio acerca de Cristo. Todo lo que se predica en el evangelio está mucho más allá de la capacidad de nuestro pensamiento y nuestra razón y está escondido del mundo, tampoco se puede recibir excepto por la fe. Cristo mismo dice en Mateo 11:25: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”. Y Pablo escribe (1 Cor 2:7-8): “Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, ... la cual ninguno de los poderosos de este mundo conoció”.

17. Expresada de la forma más clara posible, “*mysterium*” o secreto, es cuando oyes cosas que retienes por fe, a saber, que Cristo, el Hijo de Dios, nació de una virgen, murió y resucitó, y todo esto para que nuestros pecados fueran perdonados. Ningún ojo ve esto, ninguna razón lo comprende, sino es, como dice Pablo (1 Cor 1:23), nada sino locura para los sabios, y sencillamente un tropiezo para los “santos”.

¿Cómo puede nuestra naturaleza percibir, o la razón confesar, que este hombre es nuestra vida y salvación, nuestra paz, nuestra justicia y redención, nuestra fortaleza y sabiduría, el Señor de todas las criaturas, Dios, y todo lo demás que las Escrituras testifican de él? Nadie puede saber nada de esto a menos que oiga y lo crea por medio del evangelio. Sobrepasa demasiado la capacidad de nuestro pensamiento y razonamiento.

18. Así los misterios de Dios no son otra cosa sino las cosas buenas de que se predicán en el evangelio, cosas que solo la fe aprehende y retiene. Pablo dice en cuanto a este asunto, cuando habla y enseña de estas cosas, cómo se debe conducir en la casa de Dios: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Tim 3:16). Todo esto se habla de Cristo, que “fue manifestado en carne”. Habitó entre los hombres que tenían carne y sangre como él, sin

embargo, quedó un *mysterium*, porque fue escondido que fue el Cristo, el Hijo de Dios, la vida, el camino, la verdad y todo bien.

19. Sin embargo fue “justificado en el Espíritu”, es decir, por la influencia del Espíritu los creyentes lo recibieron, reconocieron y retuvieron. Esta justificación sencillamente significa pronunciar justo, o dejar que él tenga la razón; así como lo tenemos en Lucas 7:29: “El pueblo entero que lo escuchó, incluso los publicanos, justificaron a Dios”. Y en el Salmo 51:4: “para que seas reconocido justo en tu palabra”. Esto equivale a decir: El creyente en Cristo acepta que él tenga la razón y confiesa que es cierto que solo él es nuestra vida y justicia y sabiduría, porque eso es lo que es y quiere ser, y que nosotros somos pecadores, muertos y condenados. Pero el que no lo hace depende de sus propias obras; no se ve como condenado, sino lucha contra y condena a Cristo. Pero nadie justifica a Cristo a menos que tenga el Espíritu Santo, porque es solo su obra. La carne y sangre no pueden hacerlo, aunque sea públicamente presentado a nuestros ojos y predicado en nuestros oídos.

20. También Romanos 1:4 habla de esta justificación: “Cristo fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad”. Como si dijera: “En los incrédulos Cristo no es nada; no solo es débil, es totalmente condenado. Pero donde hay santos que viven en el Espíritu que los santifica, fuerte y firmemente es considerado el Hijo de Dios. Para ellos, es algo probado y firmemente establecido”.

21. San Pablo ciertamente podría haber dicho: “Somos los administradores de la sabiduría de Dios, o de la justicia de Dios”, etc., puesto que Cristo es todo esto; como dice (1 Cor 1:30): “Pero por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. Pero esto habría sido poco sistemático, y él deseaba abrazar en una palabra todas las cosas buenas que se deberían de predicar acerca de Cristo, así que las llama “misterios”. Como si dijera: “Somos administradores espirituales cuyo deber es administrar la gracia de Dios, la verdad de Dios, pero ¿quién puede enumerarlos por separado?” Quiero brevemente comprenderlos y decir: Son misterios. Los llama misterios y cosas escondidas porque solo serán recibidos por fe. También lo hace en Romanos 1:4: cuando quiere comprender todo en una palabra, que Cristo fue manifestado en carne, justificado por el Espíritu, proclamado entre las naciones, etc. (1 Timoteo 3:6), lo expresa brevemente en griego: *horistheis*, “designado” (Romanos 1:4). En resumen, Cristo fue declarado, establecido, recibido y considerado como el Hijo de Dios por ángeles, gentiles, el mundo, el cielo y todas las cosas; puesto que con ese fin fue manifestado, justificado, visto, predicado, creído, recibido, etc. Por eso aquí lo llama “misterios”, y en 1 Timoteo 3:16 “un

22. También se debe notar que Pablo agrega a esto diciendo “los misterios de Dios”, en otras palabras, tales cosas ocultas que Dios da y que están en Dios. El diablo también tiene sus misterios, como dice Apocalipsis 17:5: “En su frente tenía un nombre escrito, un misterio: «Babilonia la grande”, etc. Y otra vez en el versículo 7: “Yo te diré el misterio de la mujer”, etc. Este tipo de cosas son las que el Papa y sus sacerdotes ahora administran; porque afirman que su doctrina y obras conducen al cielo, pero tras ellas

no hay más que muerte e infierno para todos los que lo creen. Pero los misterios de Dios contienen vida y salvación.

23. Así el significado del apóstol en estas palabras es que un ministro de Cristo es un administrador de los misterios de Dios. Debe considerarse y ser considerado como uno que predica y suministra a la casa de Dios solo Cristo y las cosas de él. En otras palabras, debe predicar el evangelio puro, la verdadera fe, que solo Cristo es nuestra vida, nuestro camino, nuestra sabiduría, poder, gloria, salvación, etc., y que todo lo nuestro es solo muerte, error, necedad, debilidad, vergüenza y condenación. Todo el que predica de otro modo no debe ser considerado por nadie como un siervo de Cristo o un administrador de las cosas divinas, sino se debe evitar como un mensajero del diablo. Así sigue:

LA FIDELIDAD EN LOS ADMINISTRADORES.

“Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel”.

24. Todo depende de esto. Dios busca la fidelidad. Los ángeles, los hombres y todas las criaturas la buscan y la exigen; no si alguien es considerado un mayordomo o que lo consideren así o no. Nadie busca aquí si alguien tiene un obispado pequeño o grande; ni tampoco si él personalmente sea piadoso o no. Más bien preguntan si ejecuta fielmente su oficio y actúa como un administrador de las bendiciones de Dios. Pablo aquí nos da gran autoridad para juzgar las doctrinas y vidas de nuestros obispos, Papas y cardenales. Cristo también requiere esta fidelidad: “¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?” (Mat 24:45).

25. ¿Qué puede ser esta fidelidad? ¿Cómo actúa? Dime, ¿quién sería reformado o ayudado si algún obispo se hiciera tan grande que poseyera todo obispado, como el Papa pretende hacer? ¿Quién recibiría provecho si un obispo fuera tan santo que su sombra levantara a los muertos? ¿A quién le ayudaría si tuviera sabiduría igual a todos los apóstoles y profetas? Aquí no pregunta de ninguna de estas cosas, sino solo que sea fiel, que dé a la casa la palabra de Dios, que predique el evangelio y dispense el misterio de Dios. Esto, esto es lo que se busca. Esto ayuda a todos; con esto todos son mejorados. Así, sobre todo, se busca y se exige la fidelidad en estos administradores.

26. Ahora, compara este texto con el Papa y todos los eclesiásticos y dime, ¿qué busca el Papa? ¿No hace todo su esfuerzo y furor con el único fin de que solo él sea supremo y gobierne con poder supremo? Todo lo que le preocupa es fama, poder, posición y riqueza, y que todos estén sujetos a él. Así, el diablo engaña a todos por este calumniador con todas sus leyes acerca de cuán importante es obedecer a él y cuán peligroso para la salvación del alma es no estar sujeto a él, pero no se preocupa él mismo de ser fiel en esta mayordomía. Dime, en toda la inundación de sus innumerables leyes y mandatos, en todo su gobierno, ¿cuándo has oído o leído que con una sola palabra haya tocado los *mysteria* de Dios o predicado el evangelio? No hay nada allí sino asuntos controvertidos, beneficios, o en el mejor de los casos tonsuras y vestidura.

Públicamente condena el evangelio y los *mysteria* de Dios. Los obispos y el clero, junto con los conventos, monasterios, y universidades, lo siguen.

27. Han explicado esta fidelidad apostólica en tal forma que entre ellos un obispo, abad o prelado eclesiástico fiel es uno que fielmente en el nombre de Dios administra, guarda, mejora y aumenta sus posesiones temporales, la herencia de San Pedro, el Castillo de San Mauricio, la tierra de la santa cruz, el impuesto para Nuestra Señora, y otras propiedades de la iglesia, es decir, sus propias riquezas, de modo que ni el mundo cuando es más mundano puede compararse con ellos. Estos son los príncipes, los obispos y prelados que han presidido bien sobre la iglesia; no importa que durante sus vidas enteras no hayan leído u oído el evangelio, sin mencionar haberlo predicado. Así el calumniador sigue libre en el mundo entero y los llama buenos administradores de la propiedad de Dios, aunque no valen para nada sino ser el tesorero, guardián, alguacil, arquitecto, alcalde, trabajador, mesero o cocinero para algún señor temporal. Eso demuestran con su fidelidad apostólica; esto y nada más.

Mientras tanto las almas perecen; todo lo que es divino se corrompe; el lobo reina y despedaza. Pero no ven nada; nadie se detiene; se sientan y mientras tanto calculan sus cuentas y cuidan el impuesto para San Lorenzo y cuidan con suma fidelidad la propiedad de la iglesia. Están seguros de que por tal fidelidad Cristo no ha preparado para ellos el asiento más bajo en el cielo. ¡Que multitud tan miserable, perdida y ciega! ¡Cuán seguramente van hacia el infierno!

28. No puedo omitir aquí dar una advertencia contra incidentes similares de la maldad del diablo, que, se dice que manifestó hace años en Merseburg, en nuestro propio país con la copa de oro del emperador Enrique. La amada gente celosamente relata una mentira, por la cual obtienen indulgencias, cuando dicen que Lorenzo, que se había muerto quemado, venció al diablo para que tuviera que liberar el alma del emperador; lo hizo poniendo en la balanza la copa de oro. En consecuencia, el diablo se enfureció tanto que rompió una oreja de la copa. Tales mentiras groseras, necias, ociosas tienen la intención de cegar a nosotros los cristianos para que no percibamos los trucos del diablo. ¿Por qué inventó esto el diablo? Ha promovido toda esta historia para que la gente tuviera un milagro para confirmar toda la riqueza, lascivia y fina fidelidad de los prelados, de que hemos hablado: para que los necios comenzaran a pensar y creer que la gente puede vencer el diablo con donaciones a la iglesia. Sin embargo, Pedro dice que solo la fuerza de la fe puede hacerlo. Estas son las señales que Cristo y Pablo predijeron que alejarían a los elegidos de la fe. Pero dejemos eso en paz; algunos prelados piadosos y fieles han sido preservados ahora.

29. Una fidelidad aun más hermosa para contemplar existe entre los señores no espirituales y fieles administradores de la misma clase que activamente se ocupan en dirigir el bienestar espiritual de las almas. ¡Ciertamente estos deben ser mayordomos fieles y de la clase recta! Son tan extremadamente santos que San Pedro tendrá que tener cuidado no sea que lo suplanten. Son nuestros padres espirituales, sacerdotes, monjes y monjas, que se ocupan en obedecer al Papa, la santa iglesia, y toda forma de

institución, orden y estatuto humano. Entre ellos están los modelos, la quinta esencia, la nuez, el tuétano, el fundamento —¿cómo enumeraré todos los títulos honoríficos que ellos asumen y observan por costumbre? Sí, el gatito hermoso tiene pelaje suave y bonito.

30. Aquí es donde primero puedes ver los verdaderos administradores y la inaudita fidelidad. Cuan tenazmente, con cuanto rigor y seriedad, se adhieren a esa clase de obediencia y mantienen esas tradiciones. De hecho, son los verdaderos santos. Pocos obispos que rígidamente observan la santa ley espiritual alcanzan su nivel. Pero cuando investigamos sus claustros y repasamos sus doctrinas y conducta, encontramos que ningún pueblo en la tierra conoce menos los misterios de Dios y son más lejos de Cristo. De hecho, actúan como si fueran locos, maliciosamente atacando a Cristo con todo lo que tienen. Son el Gog y Magog del Apocalipsis que luchan contra el Cordero de Dios. Porque exaltan sus propias obras con que destruyen la fe, y sin embargo se llaman los fieles mayordomos de Dios, así como si el lobo fuera llamado un pastor entre las ovejas.

31. Ahora, el que tenga oídos, oiga lo que dice Pablo: “Lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel”; pero aquel es fiel que se ocupa con los misterios de Dios. La conclusión, entonces, es: El Papa, los obispos, monjes y monjas, universidades, y todos los que con ellos edifican sobre o se ocupan de algo que no sea Cristo, el evangelio y la verdadera fe, aunque pueden en efecto tener el nombre de siervos y administradores de Cristo, en realidad son siervos y administradores del diablo, su señor, y se ocupan de sus misterios o secretos. Por tanto, Cristo sigue diciendo que el siervo no solo debe ser fiel, sino también sabio en distinguir entre los misterios de Dios y los misterios del diablo, para que pueda preservar y guardar seguro a él mismo y a los que son encomendados a su cuidado. Porque, como dice Pablo en 2 Corintios 11:13-14, los falsos siervos de Cristo identifican a sí mismos como los verdaderos apóstoles de Cristo, así como el diablo se disfraza como un ángel de luz.

32. Entre más grande sea esta fidelidad, más peligrosa es, si no hay la sabiduría para encontrar los misterios de Dios, como vemos en estos dos ejemplos de fidelidad seductiva de parte de los santos no espirituales. San Pablo sabía bien cómo prevalecerían los misterios del diablo; así que, guarda silencio sobre todo lo demás y menciona la fidelidad. Si nuestros obispos se hubieran quedado fieles administradores de Dios, el papismo y sus órdenes espirituales peculiares sin duda no se habrían introducido; el orden común espiritual de la fe se habría mantenido. Y si todavía estuvieran fieles o ahora volvieran a ser fieles, las órdenes especiales extrañas pronto pasarían a la ruina y lo común otra vez prosperaría.

EL JUICIO DEL HOMBRE Y DE DIOS.

“En cuanto a mí, en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros o por tribunal humano”.

33. Aquí primero debemos aprender los idiomas y explicar las palabras, que debemos tener como nuestra lengua materna. Aquí Pablo toma juzgar, o decidir, en un sentido

bueno, de modo que significa pensar y hablar bien de él. Aunque en el uso común el juicio toma normalmente el sentido de la condenación, sin embargo, en cada juicio hay dos partes, de modo que uno es condenado y el otro librado, uno es castigado y el otro premiado, uno es deshonrado y el otro honrado. Lo mismo sucede en todos los juicios privados. Mientras el fariseo en el Evangelio alabó a sí mismo, censuró al publicano y otros; mientras honraba a sí mismo, deshonró a otros. Cada uno actúa hacia su prójimo o con alabanza o reproche; el juicio debe involucrar estas dos partes

Así, Pablo aquí dice que es juzgado por los corintios, o ellos forman una decisión acerca de él; es decir, una parte de su juicio cae sobre él, la parte loable y honorable, en que lo alaban, lo exaltan muy por encima de otros, juzgan entre él y otros apóstoles, de modo que él tiene la ventaja y ellos la desventaja. Otros, sin embargo, juzgaron (es decir, alabaron) a Pedro; otros, a Apolos. Se prueba por el final de esta selección de la Epístola que “juicio” aquí significa lo mismo como “alabar”, donde dice: “*Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, ... Entonces, cada uno recibirá su alabanza de Dios*”. ¿Qué es esto sino decir: “No alaba, deja que Dios alabe”? Es la prerrogativa de Dios juzgar, alabar y coronarnos; no debemos alabar, juzgar o coronar unos a otros.

34. El “día humano” aquí también significa la opinión, el juicio y la alabanza humana con que la gente exalta, hace ilustre y conocida aquellos de quienes piensan bien, así como el día natural ilumina con su luz y hace visibles y conocidas las cosas que no se pueden ver ni reconocer en la noche y la oscuridad. Por eso, la gente ilustre que es muy famosa acerca de quienes todos hablan se conocen en latín como *praeclari, nobiles, illustres*, es decir, gente ilustre que es muy famosa y tiene un nombre y una reputación por encima de los demás. Por otro lado, los que no son famosos se llaman *obscuri, ignobilis, humiles*, es decir, sin importancia, gente desconocida, etc.

Las Sagradas Escrituras también llaman a reyes y príncipes *doxas, glorias, charitates*, a saber, brillo, gloria, etc., así como Pedro habla del Papa y sus adherentes que calumnian y maldicen a “los gloriosos” (2 Pet 2:10), es decir, excomulgan y maldicen a majestades, reyes, príncipes y todo lo que es alto y honrado en la tierra. Sin embargo, Cristo ha mandado que amemos a nuestros enemigos, bendigamos a los que nos maldicen, hagamos bien a los que nos persiguen. Vemos cómo el Papa actúa en el Jueves Santo en su bula *Coenae Domini* y siempre que le dé la gana.

35. Así ahora, el “día humano” es el aplauso y la alta reputación humana ante la gente. Jeremías dice (17:16): “No deseé el día de la calamidad; tú lo sabes”. En otras palabras, “Me acusan de predicar nuevas doctrinas solo para obtener una reputación, y honra y alabanza delante de los hombres. Pero tú sabes que no es así; no he buscado tal día humano”. Cristo dice (Juan 5:41): “Gloria de los hombres no recibo”. A saber, “No deseo que los hombres me alaben y exalten”. Y (Juan 5:35), hablando de Juan el Bautista: “Vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz”. El significado es: “Habrían estado contentos de que Juan y su testimonio fuera alabado y celebrado; para que por un breve tiempo gozaran la estima de la gente. Eso es lo que buscaban”.

36. Pablo lo considera un asunto sin importancia tener el honor clamoroso y la alabanza de los hombres, ganar una reputación con ellos. Apropiadamente llama tal popularidad “el día humano” porque es de origen humano y no de Dios; y pasará con los hombres. Pablo diría: “No deseo su alabanza ni la alabanza del mundo entero”. Que los hombres busquen eso. Los siervos de Cristo y administradores de Dios deben esperarla de Cristo y del día de juicio divino.

37. Seguramente es un apóstol desagradecido que no les envía un saco de bulas o cartas; en no bendecirlos ni distribuir entre ellos indulgencias en reconocimiento de la gran honra que dan a la sede apostólica. El Papa se habría conducido en una forma mucho más digno de un apóstol. Sí, de veras; les habría anatemizado si no lo habrían iluminado con la gloria de su juicio. Habría dicho: “Soy papista; el Papa es supremo, el santísimo, el poderosísimo”. Si Pablo así habría deseado, podría haberse hecho Papa, podría haber tenido la supremacía; solo tenía que decir una palabra. Solo tenía que recibir a los que querían unirse a él, los otros habrían tenido que ceder. Pero en su administración buscaba la fidelidad más bien que la exaltación. Así tuvo que seguir siendo un hacedor de tiendas y viajar a pie.

38. Por estas palabras es claro que los corintios juzgaban con acepción de personas, y por tanto prefirieron el bautismo y evangelio que habían recibido a los de otros, de modo que para ellos Pablo o Pedro o Apolos debería ser mayor o mejor. Pablo no puede tolerar esto, sino quiere que todos sean tratados igualmente, sea quien fuera la persona, de modo que el que es bautizado por Pablo es un cristiano tanto como el que es bautizado y enseñado por Pedro o Apolos o quien sea. Por otro lado, el Papa feroz y atterradoramente ruge y no permitirá que nadie sea un cristiano a menos que sea enseñado por él, y sin embargo no enseña nada sino solo la incredulidad y la necesidad humana.

39. Porque Pablo rechaza la acepción de personas y se preocupa solo por la fidelidad en los mayordomos de Dios, pone fin a toda razón para que ellos se desasocien unos de otros; más bien, deben quedarse unidos y tener todas las cosas por igual y en común. ¿Cómo pueden desasociarse uno de otro cuando uno es un siervo de Cristo al igual como el otro, y uno es tanto un mayordomo de Dios como el otro, de modo que no queda ninguna diferencia entre ellos, excepto que uno es más fiel que otro? Eso, sin embargo, no crea sectas; más bien, resalta el evangelio común tanto más.

40. Estas palabras de Pablo señalan no solo a un apóstol, sino también a todos los apóstoles, porque no dice: “que los hombres me consideren”, sino “que los hombres nos consideren”. “Nos, nos”, dice. ¿Quiénes son “nosotros”? “Yo mismo, Pedro, Apolos”, aquellos de quienes trataba el asunto. Así la conclusión es que San Pedro se debe considerar como San Pablo, uno como el otro. O San Pablo tiene que estar enseñando incorrectamente aquí cuando hace a todos los apóstoles igualmente siervos de Cristo y mayordomos de Dios, o la esencia y gobierno del Papa debe ser algo inventado y fabricado, y entonces este texto es un enemigo muy poderoso del papado.

“¡Ni aun yo mismo me juzgo!”

41. Puedes preguntar cómo es que Pablo considera su propio juicio como mayor que el juicio de cualquier otro. Encontramos que la mayoría de los hombres se alaban o piensan altamente de sí mismos; cada uno naturalmente se complace con él mismo. Pero hay pocos que reciben el “día humano” y son juzgados por otros. Podría fácilmente haber invertido la declaración y dicho: “Conmigo es algo muy pequeño que yo juzgue a mí mismo, ni tengo consideración de ningún día humano ni por la alabanza de ustedes ni del mundo entero”. Pero habla como un cristiano conforme a su conciencia delante de Dios. Los corintios también alabaron a Pablo por las cosas que cuentan con Dios, pero querían que fuera más alto, mayor y mejor ante Dios que los demás. Por otro lado, otros exaltaban a Pedro.

Ahora, con Dios no hay mejor testigo ante Dios que la conciencia, porque Dios no juzga como lo hace la gente, por las apariencias, sino por el corazón, como dice (1 Samuel 16:7): “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. Por tanto, el testimonio de nuestra conciencia es de mayor valor ante Dios que el testimonio del mundo entero. Sólo ella contará, como escribe en Romanos 2:15: “Dando testimonio su conciencia y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos en el día en que Dios juzgará por medio de Jesucristo los secretos de los hombres”.

42. Aquí Pablo quiere decir: “¿Por qué debe haber prejuicios acerca de si uno de nosotros fuera mayor o más famoso entre los hombres? Eso no es nada. Aun nuestras propias conciencias no deben juzgar quién es el mejor o más alto a la vista de Dios”. Salomón dice: “El que confía en su propio corazón es un necio” (Proverbios 28:26) Por tanto, no hay fundamento para divisiones, porque nadie sabe quién está en primer rango con Dios. Cristo mismo no reclama el derecho de designar quién se sentará a su derecha o izquierda (Mateo 20:23).

Puesto que todos son iguales ante Dios, puesto que uno es ministro de Cristo tanto como el otro, y puesto que queda oculto quién está en primer lugar ante Dios, nadie debe presumir juzgar ni decidir, ni mucho menos exaltarse sobre otros debido al poder temporal, la propiedad o los amigos. La exaltación del Papa de sí mismo es contrario a esto, puesto que dicen que su elevación sobre otros es de Dios. Pablo aquí niega eso. Nadie puede saber o juzgar quién es el mayor hasta el Día Final.

43. Pero aquí las lenguas agudas de los papistas buscan hacer un hueco y dicen: “Pablo no rechaza la eminencia de San Pedro ni del Papa; más bien, prohíbe que la persona juzgue qué tan bueno o malo es él mismo ante Dios”. A eso respondo y confieso que San Pablo sí prohíbe juzgar cuál es la posición de la persona ante Dios. Sin embargo, los corintios hacían eso porque estaban exaltando el oficio, el bautismo y la predicación como más alto debido a la persona; de otro modo no habrían dicho: “Yo sigo a Pablo”, “Yo sigo a Pedro”, etc. Sabían bien que la doctrina, el bautismo y el oficio eran el mismo, pero querían exaltar el oficio y su obra debido a la elevación de la persona. Así Pablo hace lo opuesto y hace el oficio el mismo de modo que las personas son lo mismo, puesto que nadie puede saber quién es el más alto o mejor ante Dios.

Si los corintios hubieran deseado exaltar solo la persona, y no el oficio, no habrían creado sectas y dicho: “Yo soy de Pablo”, etc., así como nosotros no creamos sectas cuando exaltamos la persona de San Pedro más alto que la de San Agustín. Pero sí crea sectas cuando digo: “Yo sigo a Pedro”, y tú dices: “Yo sigo a Agustín” y con eso querer decir que mi sermón es mejor y superior al tuyo.

44. Los mentirosos, los papistas mismos, cuando reconocen que su mentira acerca del Papa como supremo no puede quedar, puesto que él personalmente no es piadoso ni el mejor, siguen y apoyan su mentira con una mentira mayor y lo hacen personalmente bueno diciendo que el Papa no puede errar, que el Espíritu Santo nunca lo abandona, y que Cristo siempre está con él y en él. Finalmente, algunos de ellos abren sus bocas calumniosas tan ampliamente, aunque no pueden negar que el Papa peca públicamente, y dicen que es imposible que quede en pecados mortales ni por un cuarto de hora. Así de precisos han estado en medir el alcance del Espíritu Santo en el Papa con un reloj de arena y brújula.

¿Por qué cuentan mentiras tan blasfemas? Sin duda porque ven que su eminencia no puede permanecer a menos que su persona se salve, puesto que tienen que ceder que la elevación sin la piedad pertenece al diablo. Por tanto, no se puede decir aquí que los corintos exaltaron la persona y no el oficio, puesto que la persona fue exaltada debido a su oficio.

45. Preguntas además cómo Pablo no podía juzgar a sí mismo, puesto que quería que la gente lo considerara como un siervo de Cristo y un mayordomo de Dios. Respondo: como se dijo antes, que el servicio y el oficio no son de él sino de Dios, quien se los encomendó. Así como nadie puede crear la palabra de Dios, tampoco nadie puede enviarla ni crear un apóstol; Dios mismo ya lo ha hecho y los ha constituido apóstoles. Así debemos jactarnos, confesar y proclamarlo como algo bueno que Dios ha dado, así como no puede hacerme un ser humano, sino tengo que jactarme y confesar que Dios me ha hecho un ser humano. Pero, así como no puedo juzgar cómo estoy ante Dios ni cómo seré, así tampoco puedo juzgar cuál apóstol o mayordomo es el más grande ante Dios.

46. Pero objetas: Sin embargo, enseñas que el cristiano no debe dudar que es aceptado por Dios, y que el que duda no es cristiano; porque la fe asegura que Dios es nuestro Padre, y que, así como creemos, así será.

Respondo: Apégate firmemente al hecho de que la fe en la gracia de Dios es segura, porque la fe no es otra cosa sino una confianza firme, indubitable, segura en la gracia divina. Pero esto es lo que digo: los corintios querían juzgar cuál apóstol en su persona y obras era más santo y mayor y más digno, de modo que el oficio y los que se adherían a él serían algo especial antes de otros. Pero Pablo pone fin a toda esta obra y dignidad, la pone en el juicio de Dios, y mantiene a todos los apóstoles en el mismo oficio y fe. Hay un oficio que ellos persiguen y una fe en la cual son justificados. Pero cuál hace más en todo esto, cuál es mejor, superior y más digno, esto se tiene que encomendar a Dios; no es algo que debe dividir la congregación. Luego sigue:

“Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado”.

47. Estas palabras realmente dicen que los corintios han juzgado a los apóstoles en cuanto a la dignidad de su persona y obras. Pablo confiesa que su conciencia es irreprochable y confiesa que han dado un veredicto correcto en cuanto a lo que está delante de la gente y en su propia conciencia. Pero este juicio es insuficiente ante Dios, por tanto, todo juicio que se basa en eso es falso.

48. Se podría decir mucho sobre este pasaje, porque aquí vemos que ninguna obra hace a la persona piadosa y salva ante Dios. Pablo se atreve a decir que no está consciente de nada contra él mismo, de modo que debe haber estado lleno de buenas obras; sin embargo, dice que no por eso es justo. ¿Cómo, entonces, es justo? Solo por la fe.

Si alguien fuera justo porque no estaba consciente de nada contra él y tenía una buena conciencia, luego su confianza estaría en él mismo; luego podría juzgar y alabar a sí mismo, como lo hacen los santos arrogantes. Entonces no habría ninguna necesidad de la fe; entonces no necesitaríamos la gracia de Dios. En nosotros mismos tendríamos lo que era necesario, y desde allí fácilmente podríamos dejar a Dios de lado. Pero ahora el punto es que dependemos de la gracia de Dios, y por ella nos hacemos justos. Cómo deben ser juzgados las obras, la persona, el estatus y la dignidad lo encomendamos a Dios. Estamos seguros de que ninguna de estas cosas nos hace justos, pero estamos inseguros de cómo Dios las alabará y juzgará en cada uno.

49. Creo que todos pueden entender fácilmente que Pablo aquí habla de su vida después de la conversión, cuando dice que no estaba consciente de nada contra él mismo. Acerca de su vida anterior, él mismo escribe que fue un incrédulo, un blasfemo y un perseguidor del cristianismo (1 Tim 1:13).

50. Pero aquí surge una pregunta. ¿Cómo puede no ser justo cuando su conciencia no lo acusa?, puesto que dice (2 Cor 1:12): “Nuestro motivo de orgullo es este: el testimonio de nuestra conciencia, de que con sencillez y sinceridad de Dios (no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios), nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros.”? Aquí la pregunta se contesta sola, puesto que él mismo agregó: “en la gracia de Dios”. De hecho, debemos gloriarnos, jactarnos y depender de la gracia de Dios; la jactancia de nuestra conciencia se basa en esto. Y aun si no habría agregado estas palabras, se habrían entendido por su jactancia acerca de la gracia o su jactancia ante el mundo.

Todos pueden y deben confesar y jactarse de su inocencia ante la gente, tal como que no ha hecho daño a nadie; también no debe llamar algo malo si sabe que es bueno. Pero ante Dios esta jactancia no es nada; Dios exige y juzga el corazón, aunque la gente se satisface con obras. Por tanto, ante Dios debe haber algo más alto que nuestra buena conciencia, como dice Moisés (Éxo 34:7): “que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado”. Ante su rostro nadie puede jactarse (Rom 3:27): “¿Dónde, pues,

está la jactancia?” Más bien (1 Cor 1:31): “El que se gloria, gloriése en el Señor”. A saber, en su gracia.

“Pero el que me juzga es el Señor”.

51. Esto equivale a decir: “Esperaré hasta que Dios me juzgue y alabe”, como también dice (2 Cor 10:18): “No es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba”. Dice esto, no para asustarlos, sino para incitarles a una vida buena. Aunque nadie puede juzgar o alabar a otro, sin embargo, no se quedan sin ser juzgados y alabados, porque Dios mismo juzgará y alabará lo que es bien hecho. Por tanto, debemos ser tanto más diligentes en hacer lo bueno porque Dios mismo juzgará; no debemos ser hoscos ni dejar de hacer bien, aunque no estamos seguros de cómo seremos juzgados.

“Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones. Entonces, cada uno recibirá su alabanza de Dios”.

52. Aquí razonablemente podemos preguntar: ¿No debemos alabar unos a otros? Pablo dice (Rom 12:10): “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros”. Y Cristo (Mt 5:16): “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Y el apóstol también nos dice (2 Cor 6:8) que tenemos que andar aquí en la tierra en honra y deshonra. Respondo que todo se debe hacer para que no se consideren las obras, sino solo la fe. Debemos hacer buenas obras, y debemos alabar a otros, pero no debemos justificar a nadie de esa forma, ni debemos pasar sentencia sobre nadie ni preferir una persona sobre otra. Sucede que un granjero hace mejor ante Dios con su arado que la monja con su castidad.

53. Las cinco vírgenes necias (Mat 25:2), a pesar de su virginidad, se condenan. La viuda que echó en la caja dos moneditas de cobre (Mar 12:42) hizo más que todos los demás que echaban grandes cantidades. La obra de la mujer pecadora (Luc 7:37) se alaba por encima de todas las obras de los fariseos. Es imposible que nosotros los seres humanos sepamos ni encontremos el veredicto sobre y la distinción de las personas y las obras; más bien, debemos alabar a todos, honrarlos igualmente, no preferir uno sobre el otro, humillarnos bajo ellos, siempre exaltar a nuestro prójimo por encima de nosotros, y luego dejar que Dios juzgue quién es el más alto. Aunque ya ha pronunciado el veredicto de que todos los que se humillan serán exaltados, sin embargo, no es obvio quiénes son los que se humillan y exaltan a sí mismos. La razón es que los corazones, según los cuales Dios juzga, todavía no han sido revelados. Uno puede humillarse cuando en secreto en su corazón es alto, y otra vez, puede ser exaltado, pero en su corazón es el más humilde de todos.

54. Así Pablo dice: “Viene el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones”. Luego veremos quién realmente es más digno, superior y mejor, y cuáles obras son las mejores.

55. Así no es nada cristiano cuando alguien juzga y evalúa conforme a la vida u obras externas. Por ejemplo, la gente dice que la vida del cartujo es mejor en sí que la vida del granjero o del hombre casado y cosas semejantes. Pero el cartujo, si hace bien, debe considerar su propia vida como inferior a la del hombre casado, puesto que Dios juzga no conforme a la vida sino conforme a “lo oculto de las tinieblas y ... las intenciones de los corazones” (1 Cor 4:5). ¿Cómo puede el cartujo saber si su corazón o el del granjero es más humilde y mejor?

56. Aquí están los dos ejemplos que, en mi opinión, son los mejores en todas las “Vidas de los Padres”. El primero es San Antonio, a quien se le reveló que un curtidor en Alejandría, un pobre trabajador casado que no hacía nada especial, sin embargo, estaba muy por encima de San Antonio por la humildad de su corazón. Es segundo es Pafnucio quien, a pesar de toda la austeridad de su vida fue igual a un flautista y dos mujeres casadas. Por gracia especial, Dios hizo revelar estos dos ejemplos en un tiempo cuando el monaquismo estuvo en lo más alto y tales obras fueron prodigiosas, para alejar nuestros ojos de juzgar y pasar sentencia sobre las obras, para enseñarnos a considerar toda clase de obras como iguales, y someternos unos a otros.

57. Ahora dirás: Si todas las obras y vidas son iguales y ninguna debe tener la preferencia, ¿entonces por qué nos hacemos monjes, monjas y sacerdotes para servir a Dios, abandonamos el mundo, y reclamamos tener el mejor estado? Respondo: ¿Por qué profetizaron Cristo y Pablo que surgirían falsos cristos y profetas que engañarían a muchos? Si se hubiera permanecido la doctrina de que la adoración es la misma en todos los estados y obras, ciertamente no se habrían establecido ningún monasterio ni convento, o al menos no habrían aumentado tan rápidamente, ni se habría surgido el engaño de que solo lo que ellos hacen es adoración. ¿Quién quisiera hacerse sacerdote, quién quisiera hacerse monje, de hecho, quién quisiera hacerse Papa u obispo si sabía que su estado y obra no fuera nada mejor que la más pobre nodriza que mece a los niños y lava los pañales?

Le angustiaría mucho, sí, y lo avergonzaría al Papa si tuviera que humillarse ante una nodriza, y poner sus obras bajo las de ella. Ahora, apenas los reyes y todos los santos de Dios son dignos de besar sus pies, debido a la gran dignidad de su estado y obra. Por tanto, esta gente santa debe hacer algo mejor de lo que San Pablo enseña aquí. Deben pasar sentencia sobre ellos mismos, exaltar su estado y trabajo como el mejor, para que puedan vender sus méritos y adquirir el cielo para los pobres laicos, personas casadas, y otros estados, como si estos estados no vivieran en el servicio de Dios.

58. Puesto que ves que es imposible que el clero actual continúe a menos que destruyan esta Epístola de Pablo, hagan una distinción entre ellos y otros cristianos, y pasen sentencia sobre ellos mismos como los mejores, puedes entender muy bien que el papado, los conventos, los monasterios se basan solo en mentiras y blasfemias. Ellos se llaman “espirituales” y todos los otros “seculares”, cuando ante Dios nadie es espiritual excepto el creyente; y los creyentes en su mayor parte se encuentran entre los laicos y casi ninguno entre el clero. ¿Qué mentira más grande puede haber que llamar el clero

espiritual, y separarlo de los demás que son el real, verdadero estado espiritual? Solo Dios debe juzgar quién es espiritual y el mejor, pero ellos proceden a llamarse “espirituales” solo porque han rasurado su cabeza y llevan vestiduras largas. ¿No es eso absurdo y caprichoso?

59. Dirás: “Si esto es así, sería mejor que corriéramos de los conventos y monasterios”. Respondo: “Haz una de las dos cosas. Retiene esta Epístola, no juzgues a ti mismo, no consideres tu estado mejor que si no fueras del clero, sujeta tu castidad a una esposa casada, que cría hijos, y duerme con tu esposo toda la noche. Si no harás esto, entonces abandona las cogullas, las tonsuras, los monasterios y todo, o sepas que eres espiritual, pero no de un Espíritu bueno, sino de un espíritu maligno. No vencerás a Pablo aquí, Es mejor que tengas hijos en la fe común en Cristo que quedarte virgen para el diablo. Pablo queda firme en este punto: No debes juzgar a ti mismo”,

60. Pero luego ladras: “Pues San Jerónimo y muchos otros han alabado altamente la virginidad; y Pablo (1 Cor 7:38) dice que es mejor ser virgen que casarse. Respondo: Jerónimo aquí, Jerónimo allá, Ambrosio acá, Agustín allá. Aquí escuchas lo que Dios dice por medio de San Pablo, que nadie debe juzgar a sí mismo ni a nadie más. Él es de mayor valor que San Jerónimo, aunque hubiera tantos Jerónimos como arena en la orilla del mar y hojas en el bosque. Es cierto, Pablo dice que es mejor ser casto que casarse, pero no ante Dios; de otro modo se contradeciría en este lugar. Es cierto que el que vive castamente es más libre y puede atender al evangelio más que el hombre casado. Así San Pablo alabó la castidad por amor al evangelio, como él mismo confiesa: “El soltero se preocupa por las cosas del Señor” (1 Cor 7:32).

Así Cristo también alaba a los eunucos (Mat 19:12), no porque son eunucos sino por causa del reino del cielo, es decir, por causa del evangelio. Pero ahora proceden y, aunque nadie trata menos con el evangelio que el clero, todavía quieren tener un estatus mejor que otros, y así asumen una castidad debido a su propia dignidad y elevación, no por causa de su utilidad. Es como si dijera: “Es mejor que aprendas un negocio que ser un siervo”. ¿Por qué? No porque esa vocación sea mejor ante Dios, sino porque hay menos obstáculos. Del mismo modo, San Pablo alaba la virginidad y la castidad, y aun así solo en los que tienen un deseo por ella por la gracia de Dios.

61. Ahora a nadie le importa si la continencia es una ayuda o un impedimento; todo el mundo se salta en ella, pensando solo en cuán exaltado, digno y grande es la castidad. Todo se hace con tantos dolores y peligro, falta de voluntad e impureza, que no se puede levantar un clamor y protesta adecuado contra el mal. Aun así, quieren ser mejores que otra gente. Así han traído tal reprocho al estado de matrimonio que se considera una vida impura y vergonzosa. Como premio Dios permite que su continencia contamine sus ropas y camas continuamente con fluir y quemarse. Realmente no hay ninguna incontinencia más grande o impura que la suya, disoluta, cautiva, renuente e imposible como es.

“Aclarará también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones”.

62. Pablo dice que la razón por esto es que las cosas escondidas en la oscuridad y el consejo del corazón todavía no se han iluminado. Por tanto, puesto que Dios juzga según estas cosas, y no podemos saberlas, debemos dejar los varios estados y obras sin jugar ni decidir; más bien, la virgen no debe preferir su virginidad a la mujer casada, y el Papa debe poner su estado debajo del de un trabajador en la granja. Nadie debe presumir que su estado ante Dios sea mejor que el estado y la vida de otra persona.

63. Cada persona debe ser libre para escoger y vivir en el estado que le agrada, para que todos sean iguales hasta que venga el Señor. Pero, si esto sucediera, ¿de dónde obtendrían su pan diario los santos padres y el clero? No están acostumbrados a trabajar, y por tanto tienen su medio de vida por el hecho de que el hombre común está en el error y separa y juzga su estado a ser el mejor, con la confianza de que recibirá beneficio de ellos, puesto que su propio estado no es nada. De esto salen las instituciones y los donativos a monasterios, capillas e iglesias, y especialmente a estas barrigas y gargantas flojas. Todo esto terminaría si esta doctrina de San Pablo prevaleciera.

64. Con “lo oculto de las tinieblas” y “las intenciones de los corazones” Pablo se refiere a los dos poderes que común pero no muy inteligiblemente se llaman “voluntad” y “razón”. El ser humano tiene en su ser interno estas dos partes: primero, ama, quiere, desea y se agrada; segundo, entiende, percibe, juzga, decide. Por ahora los llamaré “intención”, y “pensamiento”.

65. La intención y el esfuerzo de la persona son tan profundos y engañosos que nadie puede ver y ningún santo los ha percibido suficientemente. Jeremías dice (cap. 17:9-10): “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? ¡Yo, Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón!”. Y David (Salmo 32:2): “Bienaventurado el hombre ... en cuyo espíritu no hay engaño”.

El resultado es que hay mucha gente piadosa que hace grandes obras, pero adentro hay un luchar o intención a buscar su propio provecho, de lo cual nunca están conscientes. Sirven a Dios no solo por amor a Dios, sino por amor al honor, la propiedad, el cielo o escapar los tormentos del infierno. Nadie puede experimentar esta intención falsa a menos que Dios discipline a la persona con muchas pruebas severas. Por tanto, San Pablo aquí llama esa intención “lo oculto de las tinieblas” y lo da el nombre correcto para que no se llame otra cosa. No solo está escondido sino también está en las tinieblas, a saber, en su ser interior, en donde la persona misma no ve, sino solo Dios.

66. Esta intención y motivación oscura, alarmante de nuestro corazón es la causa por la cual debemos sujetarnos unos a otros y no podemos elevar ni contemplar ninguna obra ni situación sobre otras. Esta intención es toda la autoridad para juzgar toda obra, posición, conducta y vida, como dice Salomón: “Dios es el inspector de los espíritus” (vea Proverbios 16:2). Puesto que una mujer casada puede tener cosas buenas escondidas en su oscuridad, y una virgen puede tener malas, es muy incierto y no cristiano considerar una virgen sobre una mujer casada debido a la castidad, que es algo

externo. Es como si pesara huevos en la balanza y pesara solo las cáscaras, dejando de lado la yema y el blanco.

67. Ahora, sea la intención falsa o buena, los pensamientos están de acuerdo con ella. Sea cual fuera lo que la persona intenta o busca, así también considera, decide y piensa. Pablo aquí llama eso “el consejo del corazón”, es decir, los pensamientos con que trata para que pueda seguir su intención y lucha.

68. María toca en estas dos cosas en su cántico de alabanza (Luc 1:51): “Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones”. Llama lo que está escondido en la oscuridad la “intención”, es decir, su buscar, y llama su consejo o consideración el “corazón”.

Asimismo, Moisés dice (Gén 6:5): “Todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal”. Y Cristo (Mat 6:22-23) seriamente nos advierte en contra del mismo motivo falso: “La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” Todo esto se dijo del trato oculto en las tinieblas, que no puede recibir ayuda excepto por la desesperación de nuestras propias obras y la fe fuerte en la gracia pura de Dios. No hay nada más útil para esto que mucho sufrimiento severo, con toda clase de infortunio. Entonces el hombre aprende hasta cierto punto a conocer a sí mismo. De otro modo, todo está perdido.